

nudez: (que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el qual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su traje era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quixote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traía, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludés con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le

tuvo

tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DIXE la historia, que era grandísima la atencion con que Don Quixote, escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,

señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de servirlos, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas, y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en

esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morais entre ellos, tan ageno de vos mesmo, qual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió Don Quixote, por la órden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor; me complaceis, de servirlos con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le diéron, como persona atontada, tan apriesa

que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia, que tragaba, y en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron; y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poca desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mesmo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interrompéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxéron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acertó el número de las cabras que habian pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á

la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuevo, y mientras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Lusinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Lusinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos,

y no les pesaba dello, porque bien veian que quando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrámbos, que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa; casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudiéron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y emmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y quantos villetes la escribí!; quan regaladas y honestas respuestas tuve!; quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia

con el deseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué él pedírsela á su padre por legitima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dixese, y con este intento luego en aquel mesmo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixese palabra me la dió, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su Estado

en lo mejor desta Andalucía. Tomé, y leí la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal, si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero; no criado de su hijo el mayor; y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando oí que mi padre me decia: de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díxele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba, fui del tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los

criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacermé merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta, que no se comuniqué, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual destas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxéron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo, y conquis-

tar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al Duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa, que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así por divertirme y engañarme, me dixo, que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al Duque, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, quando, movido de mi alicion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo

por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y desea aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos, y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino appetito, el qual como tiene por último fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se restringieron sus ahucos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de véras procu-

raba irse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibíole mi padre como quien era, y yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada: alabéle la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: viola en sayo tal, que todas las bellezas hasta antónes por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura, y para encenderle mas el desseo, (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna, que hallase un dia un villete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discre-

to, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dixo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demás mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con quan justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer (é), y á rezclarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática, aunque la truxese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese revés alguno de la honrad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula... No hubo bien oido Don Quixote nombrar libro de caballerías,

quando dixo : con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exágeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda : así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donayre, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda, de quanto quisiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de tre-

cientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí, que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores : y perdonéme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna : así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dixo : no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese, ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba

amancebado con la Reyna Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quixote (y arrojóle, como tenia de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la Reyna Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotas, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pie, ó á caballo, armado, ó desarmado, de noche, ó de día, ó como mas gusto le diere. Estábele mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya habia venido el accidente (*I*) de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oye-
ra, segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco con otros dennestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le
hizo

hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mismo peligro, y después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado, que á quel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero, que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieron pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: déxeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este,

que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote, pero yo sé, que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al cabrero, si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Bel-ténobros.

DESPIDIÓSE del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento (*m*) de muy mala gana. Hábanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisier.

siere, porque querer vuestra merced, que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y mantecamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote, tú mueres, porque te alee el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion, que no la de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de ese silvo conduto, digo que que le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó que ha-

cia al caso, que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fe, Sancho, respondió Don Quixote, que si tú supieras como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo sé que dixeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron: porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una Reyna esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dixo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando yo dixo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le enca-

minó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda(1): pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fué la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes, porque fuera de haber sido hermosa ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué, y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar, que ella era su manceba, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habran dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada,

(1) Podria.

no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen ¿que me va á mí? y muchos piensan, que hay tocinos, y no hay estacas; mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixéron. Válame Dios, dixo Don Quixote, y que de necesidades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos, á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétese en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus(n) cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy pnesto en razon y muy conforme á las reglas de caballeria, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballeria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, aca-

bándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dixo Sancho. Sí, dixo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas, que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el

mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixéren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe; y esta mesma regla corre por todos los mas officios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las Repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos (1) como ellos fueron, sino como habian de ser, para dexar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que dexaxo de la han-

(1) Con mas propiedad se diria *describiéndolos*, y acaso se diria así en el original del autor.

dera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró, desdennado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Belencébrós, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mi mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos (*o*), no hay para que se dexé pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus gudejas. En efecto (*p*), dixo Sancho: que es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar junta-

mente al valiente Don Roldán, quando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbó las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yegnas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y pueslo que yo no pienso imitar á Roldán, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que vimiese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mi, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿que causa tiene para volverse loco? ¿que dama le ha desdennado? ¿ó que señales ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toso ha hecho alguna niñería con Moro,

¿christiano? Allí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está designar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, que hiciera en mojado; quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexes tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi fé se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia, y si fuere al contrario, seré loco de véras, y siéndolo no sentiré nada: así que de qualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de

Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo qual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me dice de caballerias, y de alcanzar Reynos ó Imperios, de dar Insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamaremos, porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias; ¿que ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mesmo que denantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto

entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo : ¿ que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, neceidades y desatinos, y que son todas hechas al revés ? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa : y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármelo; pero como ven que no es mas de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fé que si le conociera, que nunca él le dexara : guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y

quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldán que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban : corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban : habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio : este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto : este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos (y) y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quien quiera que seáis, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste

desdichado amante, á quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos, han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (así los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego) que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó aloménos, no os canseis de oílla (1). Ó Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura (así el cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle) que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. O solitarios arboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis

(1) Imitacion de Carceliso en la Egloga III.

prosperos

prosperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenlbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza: pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para que, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, quando Dios queria: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tomar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del

rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré, ni quando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo, que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y sería yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda co-

mo algodón, y déxeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora, que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quíerote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de véras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valdeñas, sin que lleven nada del sofisticado, ni del fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdiéron en él las hilas y todo, y ruegole á vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar, se me revuelve el alma, no que (*r*) el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por

vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo que quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede, lo qual será al revés en vuestra merced, ó á mi me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necesidades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un a'cornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo. y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay espe-

ranza de salir dél, lo qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste Figura: ¿pero que harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésmos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer Lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues que se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se

traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mesmo librito firmada, que en viéndola mi Sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso, que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida no ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que mereçe

ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el mas forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar que la tuviere por señora. ¡O hi de puta, que rejo que tiene, y que voz! Sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron, como si estuviéran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querría ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya

trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre: y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente, que la señora Dulcinea debía de ser alguna Princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado que se le ha de dar á la señora Alonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia, y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese (s) y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de inge-

nio boto, muchas veces despuntos de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber, que una vinda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rolizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor (1), y un dia dixo á la buena vinda, por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota, como fulano (2), habien-

(1) Esto es, el superior del mozo motilon, ó del lego mozo, que vivia en comunidad de teologos. llamaban entonces motillosos los legos, del verbo *motillo*, *os. are*, por llevar, como ahora, rapada la cabeza; y no era nombre ofensivo ni injurioso, pues se daba hasta á los legos santos. En la Real Biblioteca hay un codice (est. Q. num. 34.) que contiene las Actas é Informaciones que se hicieron en varios Lugares para la canonizacion de S. Diego de Alcalá, y en que trabajó tanto el cronista Ambrosio de Morales, que fue procurador especial de ella; y en él se lee lo siguiente: *Y Francisco Rodriguez, vecino de Haganuelo, dixo: que él habia conocido al santo fray Diego, seyendo frayle motilon.*

(2) Dice Rodrigo Caro que *fabulano* y *sotano* eran entre los gentiles dioses de los muchachos: el uno para

do en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados, y tantos Teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir, este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donayre y desenvoltura; vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra: si que no todos los poetas que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su albedrio les ponen, es verdad que las tienen. ¡Piensas tú, que las Amárriles, las Fíles, las Sílvias, las Dianas, las Galateas (1), las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tienditas de los barberos, los teatros de las

que los enseñase á hablar, y el otro á andar: y que de aqui se dixo *asno fulano* y *caballo caxano*: esto es, unas personas de quienes nada sabemos, sino que hablan y andan. (*Dias Geniales*: dial. V. §. 4.) Otros derivan el *fulano* del hebreo.

comedias están llenos, fuéron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingén (1) por dar sujeto (u) á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mi pensar y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo, porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin

(1) Esta expresion no excluye que algunas sí fueron fingidas, sino verdaderamente damas de carne y hueso, como lo fue la *Diana* de Jorge de Montemayor. (*V. P. I. cap. VI, p. 71.*) y pudo serlo tambien la *Galatea* del mismo Cervantes, como se dice en su *Fuente*.

que sobre, ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara, ó latina; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dixo, que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. Á lo qual respondió Sancho: escribala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como

me llamo; pero con todo eso dígamela vuestra merced (o), que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote á Dulcinea del Toboso.

Soberana y alta Señora.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dixo Don Quixote, y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

Mandaré vuestra merced por esta primera de pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y están á cargo de vuestra merced: los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos (x) de Agosto deste presente año.

Buena está, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déxeme, irá á ensillar á Rocinante, y aparcéjese vuestra merced á echarme su bendicion: que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote, que no dirás tú tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos llosos: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las

que le vinieren mas á cuento, quanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuervas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces, y á hofetones: porque donde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin que, ni para que por una?..... No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: honico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe, que si me conociese, que me ayunase. A fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo, que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colerico; pero dexando esto aparte, ¿que es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que

que las yerbas y frutos que este prado, y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. A esto dixo Sancho: ¿sabe vuestra merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando vuelvas, quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las quales te servirán de mojones y señales para que me halles quando vuelvas á imitacion del hilo del laberinto de Perseo (1). Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin

(1) Segun la fábula fue Teseo, y no Perseo, quien salió del laberinto con el hilo; así que, este se debe considerar como un yerro de imprenta: el mismo Cervantes dixo en el cap. XLVIII: *ponerle en un laberinto de imaginaciones, que no acertes á salir dél, aunque fuerdes la saga de Teseo*. En quanto á las señales de las ramas, de la misma

nuevas lágrimas de entrambos se despidió del : y subiendo sobre Rocinante , á quien Don Quixote encomendó mucho , y que mirase por él como por su propia persona , se puso en camino del llano , espaciando de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado : y así se fué ; aunque todavía le importunaba Don Quixote , que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos , quando volvió , y dixo : digo , señor , que vuestra merced ha dicho muy bien , que para que pueda jurar sin cargo de conciencia , que le he visto hacer locuras , será bien que vea siquiera una , aunque bien grande la he visio en la quedada de vuestra merced . No te lo decia yo? dixo Don Quixote , espérate , Sancho , que en un Credo las haré : y desnudándose con toda

traza se volvió , antes que Don Quixote , el marques de Mantua para no perderle en un bosque :

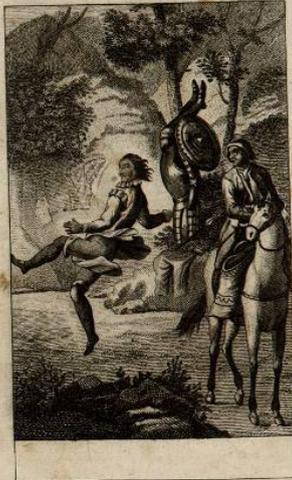
*Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare ,
Acia do sintro la voz
Empiezo de caminar ;
Las ramas iba cortando
Para la buelta acertare .*

(Cancionero de Auverres : 1555 , 16 , F. 32.)

BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE MADRID

"ALFONSO X el Sabio"

1881



prieta los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dexáremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el do la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una